

víctor
ramírez

**LA ESPERANZA
HECHA PIEDRA**

ST
BIG

3220

las palmas, 1975

Víctor Ramírez nació en Las Palmas de Gran Canaria, concretamente en el barrio de San Roque, el 30 de Junio de 1944. Es maestro de enseñanza primaria. A veces escribe algo y dice que no sabe a ciencia cierta para qué. Además, dice, le da vergüenza de que tal vez no sirva para escribir o piensa que qué coño (con perdón) va a contar si parece que todo está dicho. Pero lo cierto es que a veces escribe algo y lo publica, a ver qué. Lo poco suyo está en el librito "Cada cual arrastra su sombra" en la antología "Aislada Orbita" y en el entrañable para él "La Guitarra del Atlántico". La edición del presente cuadernillo la han pagado algunos de sus amigos, sus hermanos y él.

J. A. J.

Para mi querido amigo Luis SLG 8207
León Barreto, como
pueba de mi cariño
y admiración

víctor
ramírez

Víctor

Abril 76



San Juan, P.R.

EN	LA
LIBRO	LA
N.º de serie	224 666
N.º Copia	633704

LA ESPERANZA HECHA PIEDRA



las palmas, 1975

**A mis amigos: ellos
saben quiénes.**

”Es más grande que la esperanza
de un pobre”.

Mentira popular

Si te pones recio, te cuento un cuento de veracidad cierta. No inquietas situaciones que adecuar ni hurgues adelantos imprevistos. Atiende sin apuros y maldice sólo de necesidad. Es sí cuestión de papá: bajo azar y con titubeo. Un Parque de Sanyermo otrora y cuando aún rompía el mar sin bozal contra la escollera bravío: puntea al recuerdo con la imaginación. Te prohíbo, por ello, que cierres los ojos de la evidencia, que delincas en desvaríos y que pienses en mamá. Juntos supongamos que moría un otoño tibio y que el aroma acre de un mar sin ansias subía desde el otro lado del muro raído, la marea baja, lejos. Que junto a una principal mesa de cuestación papá aguardaba átono, el periódico doblado bajo el brazo, la pena sin momentos puesta en tu asma infantil. Impórtenos sí que le habría de llegar lo inesperado, impórtenos sí la horrenda máscara invisible que cubriría su final acorde. Porque no nos tiene que importar qué ni a quién aguardaba en aquel preciso allí, en aquel preciso entonces, y sí que lo que esperaba no lle-

garía porque no ajustaba en su sino de desposeído clarividente. Eso. Cuando yo acabe no perdones ni repugnes más bien tu conciencia: que todo principio, te lo digo con la angustia que tanto me has criticado, que todo principio necesita pudrirse para que el final de veras sea con-sunción. Pero a papá le dolía algo más que tu saludable asma. Pero a papá lo enfermaba ya, bajo inapreciables síntomas, la terca realidad que se le imponía a decisión. Aprovecha tu serenidad, imagina una mesa de caridad bien compuesta y toldeada: unas señoras de mando muestran sus emperifollos mentales y morales entre parloteos y son-risas y sin sonreír ni mirar a quien deja unas monedas en la bandeja para la precisa necesidad. No indagues si prodamnificados, si proinvá-lidos. Rehúye el pro. Y concéntrate en un papá que oye, escucha. a ve-ces mira, a veces ve. Recuerda, para mejor entorno, lo ido de infancia: a papá en clase, mostrando ejemplos sin luz a los niños sus alumnos. Porque papá debía creer que teníamos derecho a una alegría sin fe. Porque papá se tuvo que haber prometido que habría para nosotros algún futuro sin encono. Encájalo de una vez: porque papá enseñaba sin esperanza la esperanza. De ello resultaría su mirada sin ansias de infinito, de ello resultaría su sonrisa reseca, su gesto parco, su andar desheredado. A efectos de copas durante el almuerzo, hubo una tarde esporádicas enseñanzas fuera de programa. Hijos míos, hay algo más monstruoso aún que el imaginado infierno del desconocido más allá, hay aquí un más monstruoso conocido, hijos, más. Y advierte que esto lo había pregonado antes de que hallara su ser escueto. El odio sin jugo, el odio seco, sequito, hijos, como nuestros barrancos, como nuestras

aulagas, como nuestros guirres, sequito como nuestro porvenir. Y nosotros sus alumnos aprovechábamos su desertión para acentuar con nuestros devaneos sin malicia su pertinaz desamor. Lo que nunca mostró comprender, lo que nunca mostró haber percibido sin embargo, es que el odio seco fecunda más que el amor sin rumbo, que el odio seco es tal ese carbón recién apagado que seguirá calentando, que el odio si serio educa y el amor si desmañado corrompe. Y papá fue educador a su pesar, a su desconocer. Y papá nos enseñaba el camino a desandar, la vuelta que no la ida. Porque él hacía rato que no iba, porque él en algún cuándo que ignoramos ya hubo ido y llegado y visto, y desde otro cuándo que también ignoramos ya regresaba. No sabría decir oral de dónde ni a dónde: pero volvía, enteco de sobrio, la mirada del desorden rígido, con la sonrisa roñosa del sin paz. Cuestión de impuesta moral, urgía aparentarse fecundo siendo un capado. Pues papá pertenecía a la incomprensible época de los capones, lo que jamás entenderás y no tienes por qué, nadie te insta. Pero lo peor de papá estuvo en su afirmada condición de capador en inocencia. Tu asma te salvó no sabrás cuánto, atiende. Que no llega más bajo la condición de hombre respetuoso de sí que afirmar todo va bueno, que sonreír todo va bueno. Que admitir a destajo, mirar sin ver todo va bueno. Y el llanto a espuestas aguantó indomable hasta mi noche de bodas, confieso por vez primera. Imaginé a papá en la suya, imaginé a papá inimaginable en amores, ido de amores sobre mamá, el llanto a espuestas digo. Y forzándome en creer, créeme, que hubo otro hombre antes en papá, en el papá de la mirada apagada, la sonrisa turbia, el regaño sin sed, en papá. Aquella tarde del

cuento papá esperaba te repito que no nos preocupe el qué, imaginemos que apoyado contra una de las palmeras. Imaginemos que oyendo a veces y escuchando otras a las señoras de la mesa de caridad. Incluso supón que hubo algunos saludos tristes a conocidos que pasaron por su allí. Incluso supón que hubo veces en que se sintió cansado y se acomodara en el banco de piedra gris y dejase sí de oír o escuchar necencias. Pero fuérate a suponer que él se sorprendió al notarla acercarse y depositar en la bandeja una moneda siempre de cinco duros en sincronizada segunda, tercera, cuarta vez, diez a quince minutos de ausencia y vuelta a pararse y volver a dejar remolona caer la moneda siempre de cinco duros tintinear sobre la bandeja y mirar en decencia a las señoronas de dulce hablar, con su prioridad sin freno. No barruntes: que las señoras de mando tienen sí sus espinas clavadas, que aunque de plata la espuela pica. Pero no gangrena, argüirás con fundamento, dejémoslo. Pues papá se encontró mirando, curioseando de súbito en su cavilación, y aguardando en ausencia a la muchachona que va, viene y dejaba caridad. Por lo cual deduces que papá olvidó esperar lo que esperaba y pasaba a esperar lo inesperado, sin equivocarte. No asientas manso, juzga rabia o me arrepentiré del cuento. Yo no soy que tú. Porque yo pienso nacido de la soledad hundida en una vagina sin calor. Y tú no has demostrado con cualquier así tu pensamiento, si tienes. Pero no hagamos del evento matriz de reproches, que somos hijos diferentes de una misma angustia. Y viene al caso volverme a preguntar si trincaste aquella su sentencia tras una de las cenas de melancolía, la radio ronneneando al fondo las noticias para abuelo, mamá y el tintineo dulce de unas lozas que se friegan y

el olor de una bencina que había recién limpiado manchas, el susurro tierno de la cocinilla de petróleo calentando la yerbaluisa del descanso: hacer hombres es emprenderles toda esperanza, sin apelaciones. Por eso nos pareció sin valor, de visos cobardes. Por eso su mirada, su mirada sin asidero, sin fondo, una mirada condenada a la verdad de la verdad. De ahí su apariencia difusa, de ahí su postura impuesta, esa sensación de no estar, de no valer la pena. Y mi de necesidad amor por él se fermentaba con el odio de lo percibido, de lo precoz sin culpa. Porque nadie puede en ley arrogarse el privilegio de ser culpable venerado. Y porque sin mi pesar yo debía no caer en ser juez suyo luego de que él mismo ya se hubiera condenado, sentenciado y liberado al desamor. Y porque en mi afán de luz yo osaba juzgarle con el silencio implacable de los hijos que miran a papá, ven y callan para su sí. Y callan para su sí, qué tristeza! Y porque yo labraba mi condenación terrena al sentirme capaz de condenarle con mi mirada que huye, con mi gesto que repugna. De aquí mi aparente respeto, de aquí mi aparente hombría de bien: me había atrevido a juzgar al padre con el sin fundamento de todo juez. Y yo acabé siendo causa: pues si tuvo odio dejó de alimentarlo, porque si tuvo odio yo le forzaba con mis asperezas corteses a amar. Y recordé sin tino su sonrisa más triste aún; y el llanto de la justificación tardía e irremediable lo aguanté hasta el sin posibilidad. Dios!: ¿por qué lloras?, me preguntó Malena, dolorida tras el sacrificio de su himen. Por amor, le respondí escueto, sollozante, papá en el recuerdo sin ostentaciones, como siempre y ya ido sin retorno. Por amor, sí. Y Malena calló respetando y consoladora. Porque en su momento debí



sin deber gritar: no, papá, no. No, no, papá, eso no. Pero en su momento yo también callaba ante lo inevitable. Y seguí mirando agravantes. Como llorar ablanda y domeña, como la noche era de sacrificio, de olvido, papá volvería, con Malena entre mis brazos, a ser olvidable. Si te canso, aguanta. Se precisa la divagación, comprenderás. Volviendo: admitiremos que alguna de las señoras de mando perdería alguna de sus sonrisas perdidas en aquella muchachona que acababa de poner una monedita en la bandeja repleta de caridades. Admitamos asimismo que papá pugnaba desde hacía rato en recordar por encima de su curiosidad ante la que acontecía: tantas alumnas había tenido, tantas. Pero aquélla no era común, sino especial, de recordable cierto. Pero aquélla era de ojos ansiosos de ansias, de boca apremiante, de trasero irrespetuoso, pero aquélla era de andar inequívoco y de vestimenta sin aliño. Tantas eran las alumnas que había tenido, tantas. Hasta que un atisbo de recuerdo iluminara su rostro apagado: y esperó papá a que viniera de nuevo, porque tenía que venir de nuevo ante la mesa petitoria. Y vino puntual. Pero vio mejor y aquellos ojos no eran ansiosos sino deprimidos, aquella boca no era apremiante sino premiosa, aquel trasero no era irrespetuoso sino malandado, y que lo inequívoco de su andar y el desaliño de su ropa eran los de la Susa, los de la pobrecita Susa. Tú tienes que recordarla, aunque nos cogiera su marcha del colegio muy niños. Pero tienes que acordarte de ella, ponte agudo. Recuerda que era la mayor de la clase cuando nosotros éramos los hijitos del maestro. Que nosotros aprendíamos las primeras letras en menos de un mes y que ella después de más de seis años de escuela

apenas si escribía su nombre o deletaba el periódico. Si, era Susa la Culona, la menguada en cerebro Susa la Culona, quién sabrá por dónde de infeliz vieja andará ahora o si no habrá muerto, quién. Papá la acababa de recordar también, imagínalo. Papá se olvidaba, imagínalo, de que esperaba a alguien y se arrojó, como los sin fe, a lo inesperado. Era vergonzoso para el saludo y el compadreo, pero majadero para la curiosidad. Y se decidía a seguirla, a ver dónde. Supón que la tarde se hacía noche por momentos, que la gente no merodeaba por la escollera, que paseaba su desidia de anhelos por la calle mayor, iluminada, ruidosa. Y que a su detrás distanciado la veía recorrer callejas en laberinto, en instintiva buscada pérdida, despistable hasta dirigirse al paseo marítimo y llegar a una de las desdentadas del muro que daba al mar. Y por la que de un salto se perdía hacia la escollera, plana en su más acá tras el muro. Y que papá se acercó a ver el qué, ya con la débil sospecha de lo insospechable. Y que bajo la noche incipiente papá se encontraba, se iba a encontrar con que habría una opción de ser su destino por unos irreversibles momentos y una oportunidad a cambiar la careta, arrancarse la que nos mostraba y dejarse la suya propia, ser su sí verdadero de una vez por siempre y sin reencuentro. Papá, piénsalo, no vería al repente. Pero sí oiría soledad y murmullos juveniles a través del ruido acurrucador de las olas que con dulzura salvaje cacheteaban los monolitos de más afuera. La noche no era tan oscura, me dice el mal recuerdo. Papá se habría acostumbrado a la oscuridad antes de haberse acercado, me dice el mal recuerdo. De ahí: la duda, la inexorable duda. Quiso darme la decisiva lección. Su sacrificio fue estéril, quería agotar su en-

señanza en mí. Es lo que me repito a veces para la mayor tortura. Que fue educador hasta lo inabordable. Que por eso no le temblaría el paso, que por eso apuró el trago de la hiel hasta el final. No: no. Sígueme, vayamos al sin quizás, déjame con mi sísifo: atiende y te ruego que era papá, que depongas tu cólera. Bajó por donde ella lo había papá. Y antes de que nos lograra ver, ya nosotros lo habíamos visto: es lo que me dice el otro mal recuerdo, y la tortura no tendrá reparos, nunca lo ha tenido. Hubo el reproche fugaz entre nosotros antes del intento de desbandada, ¿no te dije que te quedaras acechando por si venía alguien?, la disculpa fugaz ¿quién iba a sospecharlo después de siete sin? Sí, que yo también estaba y además cinco: el Ruano acababa de metérsela y la sacó presto y despavorido al ver nuestro intento de huida. A mí me tocaría a su luego, y nos detuvimos ante el instinto de sinceridad insalvable que hubo en su gesto, que nos pedía calma, que no nos fuéramos, irreconocible por mí hasta ese momento. Y nos quedamos quietos. Por favor, no finjas odio moral: nunca lo habrá en ti, elegido. Necesito el desahogo inútil, por eso te llamé después de tanto tiempo: que también te concierne por atolondrado hombre de acción e hijo de la misma angustia hecha padre en él. Moriré pronto y te dejo en herencia la carga, no la deseches. Este cuento tiene fin. Un fin que era principio, el principio de un largo fin: el de papá y el mío, y desde ahora quizá también tuyo, sigamos ya sin torceduras. Que Dios tiene puesto para todos. Y habló con su voz más pedagógica, fue cuando lo reconocí: aún no se había acercado del todo al grupo. Continúen, hijos, continúen. En su tono había ya la esperanza hecha piedra que

nunca hasta el final lo abandonaría. Sigán, sigán con la tarea: acercándose con lentitud, temeroso del resbale. A mí se me heló sí la sangre, como bien supondrás, y antes de esconderme en aquel entrante que había entre dos contrafuertes bajo el muro, pude balbucir a los compañeros: me conoce, no me descubran, éste me conoce. El pecoso Ruano: tal vez lo recuerdes, era de mi curso y ese mismo año había sido protagonista de la comedia que nos tocó en el colegio: sí, tienes que recordarlo. El no me vio, papá no me vio, tengo que creerlo hasta el final, sin dudas, que él no me vio: papá. Que me escondí a tiempo y sin que se diera cuenta, que yo estaba oculto por los otros cuando él apareció. Tengo que creerlo, tengo que creerlo. Que él no veía bien de noche, aunque la noche fuese de lo más clara: tengo que creerlo, tengo. Demora: a Ruano le costaba armar de nuevo, asustado con la presencia de aquel señor allí, que lo animaba a que por él no se sintiera incómodo. Susa parecía despreocupada en su memez y paciente ante la momentánea impotencia de Ruano, que por fin: cosa de un minuto. Y mientras Susa, pobrecilla, y mientras Susa se limpiaba con aquella desmaña suya, lo volví a oír de nuevo, dulce, doctamente: niña, no vayas ahora. Vete luego, una vez termines con todos. Así te evitas viajes innecesarios. Susa parecía no oírle, terminaba de limpiarse: ya Ruano se iba, como acordamos al principio. Quien termine se va y nos espera en. Como acordamos al principio, luego del sorteo para el turno. Los compañeros guardaban silencio, no se hacían al estar allí de ese hombre mayor de gafas doradas y pelo cano y habla sabida, de ese hombre que no arre-

draba a la desgraciada Susa más que aquellos muchachitos de quince años que tan generosamente le dábamos cinco duros por hacer cosas feas y para los niñitos del orfanato. Papá repitió: vas luego, ¿entiendes?, luego, cuando acabes con todos, ¿entiendes?, con todos, así no pierdes tiempo ¿sí? No, iba ahora porque no se cansaba de ver a aquellas señoras de caridad allí sentadas y de oler cómo olían de bien y de oír lo fino cómo hablaban de lindo. Papá dijo bueno y ella no mostraba haberlo reconocido. Y pasó por su delante y desapareció por la desdentada, donde estaba un tal Almendáriz de vigilancia, por si otro acaso. Tú sigue imaginando cómo estaría yo, ahí oculto, a unos pasos tan sólo de él: papá sí. Imagina, veme. Dos de los tres que ante él quedaban dijeron de irse, que no podrían hacerlo con usted ahí mirando, señor. Pero él intentó tranquilizarles, no se apuren por mí, que no miraré: anden y no sean bobos, hombres. Yo no terminaba de creerme, no era posible aquello, no entendía nada. Luego sí parecería entenderlo, pero siempre con un no: la duda de si él me supo allí oculto o de si no me sabía allí oculto. Dios, Dios. Incluso preguntó en qué colegio estudiábamos: recuerdo que Robaina mintió, en el Instituto. Buscaba inútilmente la conversación que apaciguara tranquilizadora. Y calló. Callaría hasta el final: Susa, Susita ooh, Dios mío. Porque Susa volvió, acabó con Quintana, se fue a dar el óbolo, volvió de nuevo para despachar a Almendáriz, desapareció, volvió. Ya sólo quedábamos allí yo oculto y papá sentado en un canto caído, silbando el origen de mi perenne duda, silbando la nana de la abuela, el arrorró con que la abuela nos dormía a todos sus nietos, porque él me sabía

allí, él me supo siempre allí porque por fin había hallado la gran ocasión para la gran enseñanza, para la gran lección: oh. El ronroneo del mar allá, los latidos desbocados de mi corazón ahíto de angustia, la melodía melancólica del arrorró saliendo de sus labios: nunca antes lo había oído silbar, nunca lo vería más silbar y Susa regresaba a por él. A pesar de que yo deseara con todas mis fuerzas que Susa no volviera, que se olvidara de aquel hombre casi viejo, que creyera que ya había acabado, sí, que ya nadie la esperaba para darle los cinco duros por hacer cosas feas, volvió. Papá, vete papá, vete —rezaba llorando yo— vete, no vuelvas Susa, no. Pero Susa sí volvió y ocupó su sitio, tumbada de espaldas sobre la roca plana, grande. Yo debía cerrar los ojos, llorar a gritos, sin contenciones, salir chillando del escondrijo: no papá no, no lo hagas. Pero no: yo también seguí en mi sitio, yo también fui mi destino quizás por única e irrevocable vez, yo aguardaba el qué. Y vería a Susa con la falda arremangada hasta por encima de su cintura, su sexo mohíno martirizado tanto tanto, su sonrisa de tonta alegre por primera vez en toda la tarde. No: él no me sabía allí, tengo que creer hasta la muerte que él me ignoraba en esos momentos, una vez, dos, tres veces, sus jadeos, los de la Susa, no, no. El tenía que ignorarme, él, papá. Ni en casa, ni en la playa, nunca sino allí: sin los pantalones, sus piernas velludas, descarnadas, grotescas. Era la gran lección, si, no. Al cabo: te daré toma estos dos billetes, ¿sí? Pero ella no quiso: al que fue mi maestro bueno no voy a cobrarle.

Las Palmas 8 - 10 de octubre, 1975

Nochebuena

A mis alumnos y alumnas del curso
pasado, para que tengan presente
que la esperanza no es sólo ilusión.

"Esta noche es Nochebuena y
mañana es Navidad".

Coplllla popular.

A pesar de la excitación que lo embargara durante todo el día, y contra lo a suponer, Santiago sí lograría conciliar preciso y repentino el sueño, justo nada más caer, vestido y calzado, en la cama: lo que hube de achacarlo a la reciente velada plena de ajeteos erótico que habría tenido con la señora viuda del tal Erikson, su última conquista amorosa según me habían informado. Insomne, ya aburrido de tanto esforzarme en dormir, yo lo había sentido abrir con la torpeza del borracho el portón de la calle, yo lo había imaginado atravesar con mal simulado sigilo el pasillo hacia el retrete, yo lo había oído nítidamente orinar con largueza, yo lo había oído seguidamente subir la escalera con el ruidoso temor del que no quiere hacer ruido, yo lo vi surgir en el penumbrado marco de la puerta de nuestro dormitorio tras abrirla con esa típica ansiedad del que llega al muelle luego de una larga travesía, yo lo vi botarse con el abandono de los satisfechos sobre la cama vieja de matrimonio que



comparte conmigo, su hermano menor. Mamá duerme abajo, en el cuartito junto a la cocina y en la cama de un cuerpo, turca, que había sido durante mucho tiempo de la abuela Mariana en paz descansase. Las niñas, mis tres hermanas, lo hacen en la alcoba que fue de papá y mamá, aquí al lado y en tres camitas preciosas y llenas de muñecas. Santiago es el mayor y ya se midió para el cuartel. Sí, yo soy quien le sigue en edad. Como supuse, mamá subía con un vaso de leche caliente que puso sobre la mesita de noche tras encender la lamparilla. Yo seguí fingiendo dormir, de espaldas a Santiago: anda y toma ésta lechita, anda, que te hará bien, Chaguito. Así estuvo hasta que lo daría por imposible, pues Santiago sólo respondía con resoplidos e incoherencias, tan fuerte lo había trincado el sueño, dichoso. Mamá apagó la lamparilla entre suspiros de resignación, y se fue, pero había dejado el vaso con la leche en la mesita. Me levanté, rodeé la cama por los pies, toqué el vaso, esperé un poco a que se enfriara y me bebí a sorbitos la leche. Miré el reloj, eran las cinco menos diez, y así supe que llevaba sin poderme dormir casi cuatro horas y media, y gracias a que no me lo había tomado tan a pecho, y gracias. Aproveché que me había levantado y entorné casi del todo la ventana, que hube abierto de par en par a causa del sofocón que me entrara al principio del insomnio cuando forcejeaba yo por dormir; y porque ahora se metía un frescor que molestaba lo suyo: el cielo estaba totalmente limpio, plagado de estrellas diminutas y la luna no se veía por ninguna parte. Durante breves momentos me detuve a contemplar el rostro apacible de mi hermano, su boca entre-

abierta, el filo de sus dientes superiores rozando apenas el labio inferior, lo que le daba ese aspecto de sonriente socarrón que tanto agradaba a las amigas de mis hermanas, la vibración imperceptible de las aletillas de su nariz al compás de una respiración mansa, inocente. Le quité los zapatos y lo tapé con una sábana que había sobre la silla de mi lado. Volví a tenderme y volví a cerrar los ojos e intentar no acordarme del pecado, no acordarme de que hay gente que no están en gracia, no acordarme de papá, no acordarme, no, de papá, no acordarme del otro Santiago, del Santiago que no había mucho con la viuda sueca, del otro, no de éste que dormía a mi lado, éste tenía que estar en gracia, éste no podía haber perdido el derecho a ser hijo de Dios, ese rostro no podía ser enemigo de Dios, no, no acordarme de que habría dos Santiago, tres, miles, infinitos Santiago, como tantos yo habría en mí, como tantos papá habría ¿tantos? en papá. Y como no quería recordar esta tarde víspera de Navidad, papá papá papá, y como no quería recordar ese besito en la mejilla de imprevisto cuando el cura nos recomendaba desde el altar que la paz estuviera con nosotros, Carmenrosa Carmenrosa Carmenrosa tu sonrojo sonriente y mi sonrojo enervante, y como no quería recordar a mamá encabezando la cena festera sin papá y sin Santiago, su fingida alegría y las canciones perturbadoramente alegres de las niñas, y como no quería imaginar a Santiago con la sueca celebrando su particular Navidad, y como no quería imaginar a papá en su: oh Dios oh ¿por qué tanto no y no, por qué? Papá esta tarde, de improviso, después de muchísimo tiempo sin verle, años, huidizo, saliendo de

aquel restaurante tan malo, su andar triste, tan envejecido, tan desaliñado, y sin las gafas, cegato, pasando a mi lado sin verme, en qué pensando, a dónde iría, yo enmudecido por la sorpresa y sin poderle gritar papá espera, quieto, plantado y Carmenrosa tironeando de mi brazo, lo dejé ir, lo dejaba ir, escapar, se perdió entre la gente, se perdía entre la gente que bullanguera y dichosa acrecentaría hasta los límites de lo inhumano esa angustia que vislumbré en su cara, esa cara que se prenderá hasta el fin en mi alma, esa angustia tan inimaginable, ¿por qué no vuelves a casa, papá? ¿por qué en lugar de tu dinero no vienes tú? papá de improviso había aparecido, desaparecido, Carmenrosa de mi brazo preguntando ¿qué te pasa, Tito?, nada nada, papá se perdía de nuevo y para siempre, más viejo que lo había estado en mi imaginación, más desharrapado que en mi imaginación, y yo estudiando con su dinero, con su sangre hecha dinero, y todos en casa viviendo de su dinero, de su agonía tras un escritorio hecha dinero, ¿por qué nunca has vuelto, papá? ¿qué pasó entre ti y mamá, papá, qué fue lo que pasó, qué culpa tenemos tus hijos para que no te acerques ni a vernos, qué?, Carmenrosa volvía a preguntarme qué me pasaba ahí tan callado y mirando al suelo y la jeta triste qué, y yo le volví a mentir que me daba pena en una noche como ésta, de alegría, que haya gente pobrecita que no tenga para llevarse a la boca y mira a nosotros felices y comeremos y cantaremos y beberemos como si estuviéramos solos sobre la tierra y todo fuera dicha y alegría porque Dios nace para salvarnos y, Carmenrosa sonrió apretándose contra mi brazo y diciéndome no seas bobera que la vida es así y nadie

puede cambiarla y para que haya mundo tiene que haber de todo, bobito, y que gracias había que darle a Dios porque nosotros tengamos al menos ilusión ¿no? y yo le sonreí mentiroso y triste que sí que tenía razón y volvió a apretarse contra mi brazo ¡Dios, papá, Dios!, un viejo borracho cantaba que esta noche es Nochebuena y mañana es Navidad. Luego me dormí, creo. Y sería antes de las seis pues no oí que mamá se preparara para ir como siempre a la misa del alba.

Santiago tenía que contármelo, era su última hazaña y no había tenido ocasión para ello el día anterior. Y como no lograba aguantarse las ganas, me despertó nada más vino del baño y antes de que comenzara a vestirse. Le pregunté la hora, por inercia. Creo que me dijo que más de las doce, me viré hacia arriba con los ojos cerrados pues la claridad cegaba y le dije di, aunque yo ya había sabido de la hazaña, todos los que le cayeron al paso tuvieron que saberla y uno, no recuerda quién, me había informado: pues que bajaba yo por la calle de los Granados, decía Santiago mientras se ponía los calcetines, tranquilito, a menos de veinte por supuesto y venía de dejar una mercancía cuando va y me sale ese Mercedes último modelo de quien ya sabes, de quien todos sabemos, por la carretera central que se encuentra con un ceda el paso al desembocar en la de los Granados y va y noto que quiere meterse sin respetar preferencia y pero yo le grité al chófer antes de que se metiera ¡eh tú, que tienes que esperar! y entonces salía el que todos sabemos, que iba atrás con su correspondiente puro habano entre los dientes, y me mira y le oigo que dice a

su chófer con el desprecio de la dignidad que da el dinero, y va y le dice “tú sigue” y yo, que agallas me sobran, me arranco con un acelerón y cataplán, le meto un viaje con toda el alma en el guardafangos y se lo escacho a modo, pues ¿qué se creía el tío abusón ese, hombre?, y ¿qué pasa luego? pues que luego se baja el chófer a defender la dignidad de su patrón mentando a la madre que nos parió con los peores tonos que pudo y a lo que yo maldito caso que hice, ya conocen ustedes la cachaza que me arrastro y el aguante que me trato, y vengo y con toda la calma del mundo me bajo del coche como si no hubiera pasado nada, con el cuadernito de pedidos en una mano y el lápiz en la otra y la seriedad en el rostro, miro el desperfecto en la óptica, en el parachoques, en el guardafangos de la furgoneta y sin hacer caso a los improperios del chófer, que de canijo no se atrevería a meterme mano, voy y le digo “por favor, me da el nombre de su Seguro y firma aquí reconociendo que tuvo la culpa por no respetar la señal de ceda el paso”, el choferito se desconcierta y mira para su amo, que oía todo y que mascaba el habano y que le dice al pobre chófer que suba y que arranque y que me vaya yo a la mierda, pero entonces yo, más rápido, me subo a la furgoneta, le doy al arranque, la pongo en marcha y me le atravieso al Mercedes “eso sí que no” dije “de aquí no se sale hasta que me digan su Seguro y me firmen que tuvieron la culpa del choque”, ya los claxonazos de los coches que se embotellaban hacían asomar a las gentes a sus puertas y ventanas, y el que todos sabemos se baja del coche y se pone al lado de su chófer y me dice tras tirar el habano al suelo que qué me pasaba, que

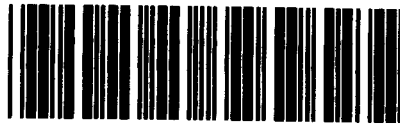
qué modales son éstos, que si no veía quién era él, que, “mire, señor, yo sabré quién es usted, pero su Seguro paga el roto de mi furgoneta o no me muevo de aquí”, los claxonazos eran cada vez más numerosos y apareció un motorista a ver qué pasaba, empecé a hablar pero me mandó a callar y se dirigió al que todos sabemos, que dio su versión, lo que no satisfizo al motorista claro, pero éste, caliente, va y me dice que, si quiero, que denuncie pero que no interrumpa el tráfico o me mete una multa y yo le dije que sí que denunciaría, no faltaba más, y que por favor me diera el número de su placa por si hacía falta de testigo pues yo

Santiago, ¿hace mucho que no ves a papá?, le pregunté. Desde mis ojos cerrados noté que le había cogido de sopetón la pregunta. “Pues sí, tanto que ni me acuerdo”. ¿Sabes dónde trabaja? “Pues no”. ¿De verdad?. “De verdad, ni me interesa”. Luego hubo un silencio y él se volvía a anudar la corbata. ¿Ni dónde vive? Tardó en contestarme, quizás fastidiado por no haberle dejado terminar el cuento de su hazaña: “no, ni me interesa”. “No”. ¿De verdad? “Te he dicho que no, carajo, y te repito que me importa un cojón”. Ayer por la tarde lo vi. “Por mí que le den morcilla”, dijo ya en la puerta y antes de dar el portazo. Desde mis ojos cerrados lo oí cantar abajo, en la cocina quizás, y mientras bromeaba con mamá quizás, eso de esta noche es Nochebuena.

Las Palmas 26 octubre, 1975



ULPGC. Biblioteca Universitaria



633704

BIG 860-1 RAM esp